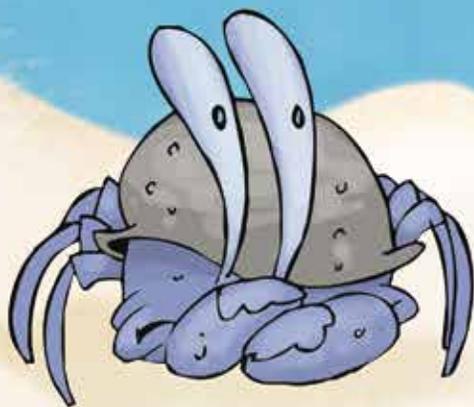


Ruperto rocanrol



loqueleq

El increíble caso del cangrejo Pirulo

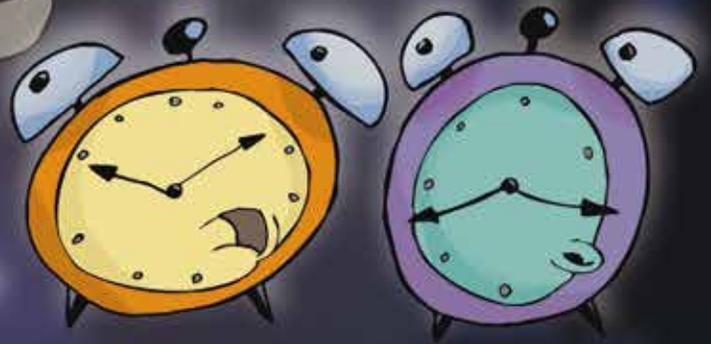


—¡Ah, qué linda mañana para hacer muchas cosas!
—pensó Ruperto al despertar y ver que un rayo de sol entraba en su cueva y lo iluminaba todo. Luego se dio vuelta y siguió durmiendo un par de horitas más.

Es que al sapo detective más famoso del arroyo Solís Chico, medalla de bronce en salto con lombriz en los últimos Juegos Bicholímpicos, le gustaba mucho dormir.

Su cerebro descomunal, enorme, siempre alerta, necesitaba descansar para mantener siempre su mismo nivel de inteligencia.

Por eso, cuando oyó aquellos gritos no quiso levantarse enseguida.



—¡Rupeeeeeerto! ¡Despertate! —gritó una voz de rana vieja que le resultaba familiar

—¡Dale, sapo onírico! —resonó a su vez la voz de Jeremías, un sapo al que le gustaba usar palabras raras y difíciles.

También oyó otras veinticinco... no, veintisiete voces que gritaban su nombre. Era muy bueno calculando voces así, al toque.

—¿Se puede saber qué quieren? —preguntó.

La rana vieja estuvo a punto de decirle que sí, que se podía saber, pero recordó que ese chiste ya había sido usado en un libro anterior.

—Es que... es que... —dudó la rana— pasó algo terrible.

¡Ru
i



Rupeeeeeerto!

Ruperto!

Ruperto!





Ruperto se acomodó el sombrero, la gabardina, se rascó una nalga, bostezó...

—¡No tenemos todo el día! —protestó la rana vieja.

—Bueno, bueno, ¿y qué tan terrible es el asunto?

—De lo peor —dijo la rana.

—Es algo sublingual, metatrófico —dijo Jeremías. Los demás no, los demás se quedaron calladitos.

Entonces le contaron que Pirulo, el menor de la familia de Hermenéutico Cangrejo, el más inquieto de sus cuarenta y seis hijos, había desaparecido. Los cangrejos estaban como locos.

—Capaz que lo hicieron carnada —opinó Ruperto.

—¡Qué feo suponer eso, Ruperto! —rezongó la rana vieja.

—Sí, Ruperto, no seas tan supositorio —dijo Jeremías.

El asunto es que por la módica suma de siempre, es decir, seis moscas por día y alguna que otra pollilla de propina, Ruperto aceptó el caso.





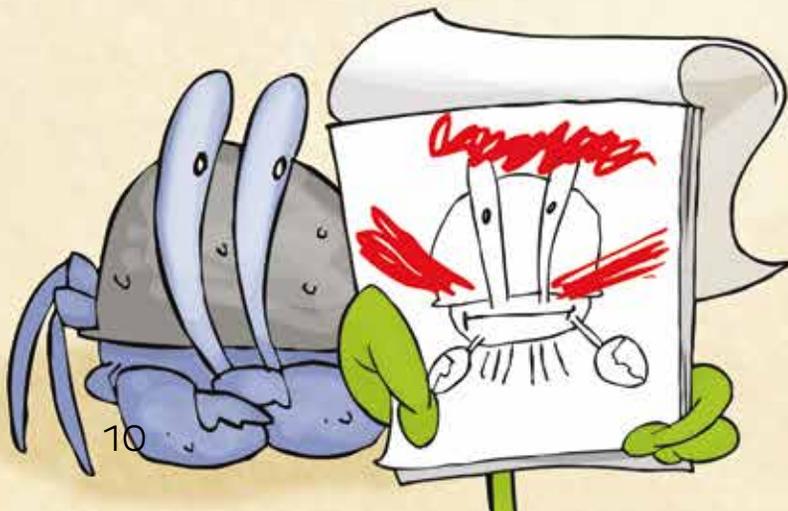
Lo primero que tuvo que hacer fue ir y preguntarle a don Hermenéutico Cangrejo qué sabía acerca de su hijo.

—Bueno, como saber, sé muy poco sobre Pirulo —explicó el cangrejo—. Recuerdo que le molestaban mucho las rimas, aunque nunca supe por qué.

—¿Y cómo era? ¿Puede describirlo?

—Claro que puedo, es mi hijo, ¿no? Es un cangrejo igual que yo, pero chiquito...

No sé, es difícil, todos los cangrejos son iguales.





Ruperto anotó los datos en un papel con un grafo de lápiz, dijo que sí, que bueno, que mmmm, mmmm, algunas veces y luego emprendió la marcha.

Luego preguntó a los hermanos. Ellos habían visto a Pirulo salir medio apurado hacia el bosque.

Ruperto llegó al bosque, que quedaba ahí nomás, y lo primero que vio le llamó mucho la atención.

